

# EL MINUTERO EXISTENCIAL

Severino SALAZAR



José Luis Martínez en su libro sobre la Literatura Mexicana del Siglo XX, en 1949 afirmaba que “si López Velarde no hubiera escrito más que su libro de prosas, *El minuterero* (1923), esa obra bastaría para que mereciese un lugar destacado en nuestras letras”. Para los que nuestro gusto se encuentra más a sus anchas en la prosa que en la poesía, tal apreciación y recomendación del maestro Martínez es para tomarse en cuenta, acercarse a la obra y escudriñarla con su guía. Pues *El minuterero* no es tan famoso como la producción en verso de nuestro autor. Aún recuerdo la primera lectura que de esa obra hice no hace mucho tiempo. Fue toda una revelación. Escuché los ecos de voces de escritores y pensadores —muy posteriores a López Velarde— y que yo consideraba lejanos a él. Las 28 piezas que arman ese reloj preciso que se llama *El minuterero*, son gozosamente contemporáneas, actuales. Y si deseamos clasificarlas para hacer más fácil nuestro tránsito por esa breve obra maestra, nos encontramos con un organismo, con una miscelánea de géneros que viven poéticamente en armonía, que por ellos va rodando el tema principal —la angustia existencial, o un *leitmotiv*: el paso del tiempo y la finitud— como un balón hasta llegar a la orilla. En su mayoría estos textos son crónicas, como el titulado “La conquista”; algunos cuentos perfectos como “Meditación en la Alameda” o “Caro data Vermibus”; también hay descripciones de Jerez, que al autor le sirven como pretexto para darnos sus meditaciones filosóficas;

ejemplo: "Fresnos y álamos". Otros son oraciones fúnebres a amigos artistas como la dedicada a "Urueta", o simplemente a amigos como la titulada "La necedad de Zinganol". También encontramos prosas entusiastas para escritores admirados como "La sonrisa de la piedra" y "Anatole France". Nostalgias por la inocencia perdida representada en la ciudad natal abandonada, cargadas de necrofilia y pesimismo como "Semana mayor", "Noviembre", "Viernes Santo", "En el solar". Pero como hemos dicho, hay una unidad temática que les da cohesión. Y este tema comienza a esbozarse en el primer texto: "Obra maestra" y se desarrolla a través de los 28 títulos y llega a su conclusión en el último: "Eva", donde se cierra el círculo con esta mujer origen y fin, nacimiento y caída. El tema de la vida, de la existencia y su condición precaria, de exilio, de dolor y desasosiego, se ilustra, se ejemplifica y se desarrolla.

José Luis Martínez, al referirse a la poesía de López Velarde en el ensayo ya citado, dice que el autor "suele partir de un *leitmotiv*, o para mayor precisión, del intento de expresar una realidad espiritual, y parte de una persecución por asociaciones libres y caprichosas, que no desarrollan una imagen prevista como lo hacen casi todos nuestros poetas. . ." Esto también es válido para *El minuterero*. Esta "realidad espiritual" permea toda la obra lopezvelardeana. Y está hermanada, según creo, con una doctrina filosófica que floreció y dio sus frutos hasta los años cuarenta, dos décadas después

de la publicación de *El minuterero*. Me refiero a la filosofía de la existencia o el existencialismo. Pero al grupo de pensadores como Gabriel Marcel o a Karl Jaspers, quienes deciden aceptar la angustia de la naturaleza finita del hombre, arrojado a un mundo que le es extraño, hostil; pero el hombre como el ser indefenso con un aliciente extramundano. Que se vuelve la encarnación de lo infinito en lo finito. Que encuentra la trascendencia por medio de una idea metafísica. Que frente a la nada pone a Dios.

El tigre sin reposo, encerrado en una jaula "que describe el signo del infinito con tan maquinal fatalidad, que su cola, a fuerza de golpear contra los barrotes, sangra de un sólo sitio", el cual aparece en el primer párrafo de *El minuterero*, nos introduce de lleno en ese mundo existencial. Después, las palabras naufragio, desamparo, los gritos de desesperación del hombre incapaz de alguna acción en el mundo, la añoranza, el querer recobrar "los Santos Lugares de la niñez", se van a repetir a todo lo largo de la obra. Como en "Novedad de la patria", cuando se nos dice: "Hay muchos desatentos. Gente sin amor, fastidiada, con prisa de retirar el mantel, de poner la silla sobre la mesa, de irse."

Pero es en "Fresnos y álamos", un texto de escasos siete párrafos donde se encuentra en síntesis y más claramente el desencanto existencial, nos dice: "Hoy mi tristeza no es tumulto, sino profundidad. No tormenta cuyos riesgos puedan eludirse, sino despojo, inviolable y permanente del naufrago"

gio." Y más adelante, como en un relato independiente dentro de otro relato, compara su existencia de una forma hermosa con una casa vacía: "Llevo dentro de mí la rancia soberbia de aquella casa de altos de mi pueblo —esquina de las calles de la Parroquia y del Espejo— que se conserva deshabitada y cerrada desde tiempo inmemorial y que guarda su arreglo interior como lo tenía en el momento de fallecer el ama. No se ha tocado ni una silla, ni un candelabro, ni la imagen de ningún santo. La cama en que expiró la antigua señora se halla deshecha aún. Yo soy como esa casa. Pero he abierto una de mis ventanas para que por ella entre el caudal hirviente del sol. Y la lumbre sensual quema mi desamparo, y la sonrisa cálida del astro incendia las sábanas mortuorias, y el rayo fiel calienta la intimidad de mi ruina."

El tema de lo inasible del tiempo, el horror de su paso y las ruinas que deja tras de sí, es otro tema recurrente, también existencial. En "La última flecha" leemos: "Nosotros, pobres Anquises y míseras Ledas, nos gastamos sin remedio, por más que la divinidad nos penetre." Este rasgo, más bien heredado del romanticismo, fue una preocupación primordial para los existencialistas. Que también aparece en "La necedad de Zinganol", donde se nos dice: "Los días idos se amontonan como sillares de un edificio de nuestra propia persona: nunca dejará de ser triste contemplar los sillares derrumbados". Y líneas adelante: "que la vida es un mal cuarto de hora con algunos instantes deliciosos".

En Zinganol se personifica el individuo existencialista con una concepción del mundo excepcional. Él es el ser singular, el ser límite. Su manera de actuar es extraordinaria, como la de los artistas cuyas oraciones fúnebres hemos escuchado a lo largo de la obra. En Zinganol el autor nos muestra una vez más su amor por el ser excepcional, y por lo único, por lo singular. Y la excentricidad tiene como condición la imposibilidad de la comunicación con el mundo circundante, o se da raramente y en condiciones muy especiales: "Zinganol se juzgaba el mortal más feliz porque Isaura y él no se saludaban. Para saludarse habría sido preciso un guión social, y esa habría sido la parte leonina. Mejor estaban así, como habitantes de diversos planetas que, al encontrarse en una zona de ilusión, carecían de comunidad del lenguaje e ignoraban todo signo de reciprocidad".

La vida con todo su dolor es una fiesta, es un banquete, en ella existe el arte y Dios en algún lugar lejano, nos parece decir nuestro autor. En este mundo hay gente como "El bailarín" —quizás de los 28 textos de *El minuterero* el más hermoso, el más completo, el más puramente poético— porque la vida, nos dice el poeta, es una "Danza sobre lo utilitario con un despego del principio y del fin. Los desvaríos de la conciencia y de la voluntad humanas le sirven de tramoya. En medio de las pesadillas de sus prójimos, el bailarín impulsa su corazón". Así parece concluir su disputa con la vida

el poeta. Y parece que nos insiste en que no desoigamos su súplica cuando nos recomienda: "No cometamos la atrocidad de poner las sillas sobre la mesa."